

## OCHO ARGUMENTOS SOBRE LA MORALIDAD DEL MERCADO\*

**Michael Novak**

Michael Novak examina en este ensayo, especialmente en relación al problema de la pobreza, ocho proposiciones concernientes a la moralidad del mercado libre. En la primera parte reseña cinco argumentos que han sido planteados por distintos sectores de opinión en debates recientes. En la segunda parte describe las dos líneas de raciocinio (los argumentos de la creatividad y la comunidad) que S.S. Juan Pablo II desarrolla en la encíclica *Centesimus annus*, y a partir de las cuales el Pontífice propone una evaluación positiva de la economía de mercado.

---

MICHAEL NOVAK. Teólogo. Titular de la cátedra George Frederick Jewett en Religión y Políticas Públicas en el American Enterprise Institute (AEI), Washington D.C. Autor, entre otros libros, de *The Spirit of Democratic Capitalism* (AEI, Simon & Schuster, 1982); *Free Persons and the Common Good* (Madison Books, 1989); *The Hemisphere of Liberty* (AEI, 1990). Entre sus artículos aparecidos últimamente en *Estudios Públicos* cabe mencionar "Si Santo Tomás viviera hoy...", "El capitalismo correctamente entendido" y "Juan Pablo II: La nueva ética de la empresa", en los números 43, 48 y 50, respectivamente.

\*"Eight Arguments about the Morality of the Marketplace", publicado originalmente en *God and the Marketplace*, editado por Jon Davies (Londres: 1 9 9 3 ) .  
© The IEA Health and Welfare Unit, Londres. Traducido por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

Entre los ensayos incluidos en *God and the Marketplace*, en esta edición se recogen también los de monseñor John Jukes, Obispo católico de Strathearn y Obispo Auxiliar de Southwark; Rev. Simon Robinson, Capellán anglicano de la

Finalmente, en la tercera parte, Novak sugiere agregar a las dos líneas de argumentación de Juan Pablo II una razón adicional para considerar el mercado como una estrategia de “una teología cristiana de liberación para los pobres”. Ésta consiste en que no hay otro sistema conocido que ofrezca más oportunidades para el progreso individual, a través del esfuerzo y aplicación del talento, que la economía de mercado combinada con un sistema político democrático (protector de los derechos individuales y de las minorías). El grado de movilidad social ascendente que exhiben las sociedades capitalistas —sostiene Novak— no tiene precedentes históricos. Y esa es una razón por la que muchos pobres migran a sociedades capitalistas y democráticas, así como es una de las razones más poderosas para la aprobación moral del capitalismo. El libre mercado —se señala finalmente— propicia la creatividad y acorta la distancia percibida entre la acción y el destino individual, y estrechar esa distancia equivale a fortalecer la dignidad del hombre.

## E

l propósito de este ensayo es debatir ocho argumentos relacionados con la moralidad del mercado. Cinco de ellos provienen de discusiones recientes en Inglaterra, dos son del Papa Juan Pablo II, y yo propongo otro por cuenta y riesgo propios.

Tal vez sea de utilidad darle un nombre a cada uno de esos argumentos. Los nombres de los primeros cinco son: el argumento de la codicia; el argumento epistémico; el argumento de la autonomía; el argumento de la creciente inmaterialidad de las preferencias; y el argumento de los descontentos manifiestos del materialismo.

Los dos argumentos de S. S. Juan Pablo II son los argumentos de la creatividad y de la comunidad. El octavo y último argumento deriva de la oportunidad universal, esto es, la liberación de los pobres.

Concluyo con una sección sobre las ambigüedades de los mercados.

### Los primeros cinco argumentos

“La fuerza impulsora del capitalismo”, escribe el británico y distinguido misionero cristiano en la India Lesslie Newbigin, “es el deseo del individuo de mejorar su condición material (...). El nombre que el Nuevo Testamento le da a la fuerza en cuestión es codicia. El sistema capitalista es impulsado por la incesante estimulación de la codicia”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> LESSLIE NEWBIGIN, *THE SHARPER THE BREAD, THE SWEETER THE BUTTER*.

Esa es una justificación (condena, más bien) del capitalismo. Si tal teoría fuese aceptada por una nación pobre, ésta se castigaría a sí misma.

Nótese, también, su imagen de la riqueza. El deseo de mejorar la propia condición material es codicia, porque sea lo que sea que uno necesite para el mejoramiento de la propia situación, ya pertenece a otros. (Pertenece a otros y uno lo codicia.) Pero eso es concebir la riqueza como una suma fija, toda de antemano asignada, y pasar por alto la dimensión de la invención, el descubrimiento y la creación de nueva riqueza. Es imaginar toda ganancia de riqueza como un acto de “tomar”.

La visión de Lesslie Newbigin del capitalismo como codicia es un ejemplo de una interpretación cristiana del capitalismo. El obispo Richard Harries, de Oxford, ofrece una visión mucho más benevolente, matizada y, aún así, independiente. Su título interroga, *Is there a Gospel for the Rich?*, y su respuesta es su “convicción de que la liberación que Dios ha traído es para todos. Los ricos necesitan ser liberados no menos que los pobres”.<sup>2</sup> De modo inteligente y con discriminación, el obispo discierne potencial cristiano en el dispositivo social del mercado libre, en la propiedad privada, en la innovación, en la firma comercial, en los beneficios y aun en las corporaciones multinacionales. La *bête noire* y objeto de contraste polémico en su libro es la Nueva Derecha, a la que desea proponer una alternativa sofisticada. Describe a Gran Bretaña como una sociedad “postsocialista”. Su aspiración es presentar una forma más humana y evangélica del capitalismo que cualquiera que haya sido soñada (piensa él) al interior, por ejemplo, de la Nueva Derecha.

Al ofrecer su argumento favorable a la economía de mercado, el obispo Harries comienza con las palabras de una importante figura de *The Guardian* que en 1981 aceptaba el mercado como un hecho ineludible de la vida y una fuente principal de tan necesario conocimiento: “Es el mercado el que actúa como una señal esencial de los consumidores a las empresas, diciéndoles cuánto producir, cuándo producirlo y con qué calidad”. Además de esta información, “las utilidades de las corporaciones (o cooperativas) son también el modo que tiene el mercado para señalar el éxito: son una guía esencial y una fuente de la inversión”. En pocas palabras, resume monseñor Harries, para todos, con excepción de una pequeña parte del Partido Laborista, el mercado libre es “esencial, ineludible y, con todos sus defectos, necesita ser valorado”.<sup>3</sup> Esta aprobación de los mercados, señala

---

la Religión y las Ciencias Humanas, de la Universidad de Saint Andrews.

<sup>1</sup> L. Newbigin, *Foolishness to the Greeks* (Londres: SPCK, 1986), p. 113.

el obispo Harries, es “tan robusta como la de cualquier economista thatcheriano”. John Gray llama a tal defensa del mercado el argumento epistémico en favor de los mercados y ofrece una elegante y breve declaración al respecto en *The Moral Foundations of Market Institutions*.<sup>4</sup>

Pero Gray también ofrece otro argumento fundamental y en parte, al menos, original, desde la perspectiva de la autonomía. Más que ningún otro sistema, sostiene Gray, el mercado aumenta el alcance y la frecuencia de los actos de elección. Gray no considera que este argumento sea necesariamente universal. Puede significar menos para las sociedades del Asia oriental, por ejemplo, cuya estructura social y psicológica es más comunitaria, menos individualista, que para las sociedades occidentales. Tampoco piensa que el énfasis en la elección sea una bendición sin bemoles. En esto como en otros asuntos, las sociedades y los individuos pueden extremar las cosas. *Aquello* que se elige puede importar mucho. Sin embargo, es difícil para un intelectual occidental omitir el argumento de la autonomía, ya que la sociedad occidental valora mucho la elección. La mejor réplica desde la izquierda es sugerir que muy poca gente posee realmente autonomía en grado suficiente, de modo que es preciso hacer un gran esfuerzo social (y del Estado) para “igualar a los individuos” a través de medidas redistributivas.<sup>5</sup>

Cabe decir, en su favor, que Gray se resiste a las políticas redistribucionistas. En la práctica, ellas están condenadas al fracaso y son injustas por principio. Pero él sí argumenta que toda sociedad que favorece la autonomía debe, por ese sólo compromiso, habilitar a todos los ciudadanos para que alcancen cierto nivel. Gray piensa que ha encontrado un modo de definir este nivel básico deseado a través de su concepto de “necesidades saciables”.<sup>6</sup> Pero como la pobreza es normalmente tomada como una medida relativa —según estándares norteamericanos, por ejemplo, más de un tercio de los europeos occidentales estaría viviendo en la pobreza—<sup>7</sup>, dudo que los esfuerzos de Gray en esa dirección estén debidamente fundados. El espíritu humano es por principio insaciable. La mente, como dijo Aristóteles, es “en cierto modo todas las cosas”— es decir, no descansa hasta que todo lo que se pueda conocer sea conocido—. Como lo expresó San Agustín: “Nuestros corazones no encuentran sosiego, Señor, hasta que

<sup>2</sup> Richard Harries, *Is there a Gospel for the Rich?* (Londres: Mowbray, 1992), p. 72.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 88-89.

<sup>4</sup> John Gray, *The Moral Foundations of Market Institutions* (Londres: IEA Health and Welfare Unit, Choice in Welfare Series N° 10, 1992), pp. 5-17.

<sup>5</sup> Véase *ibidem*, capítulo 4, “The Mirage of Egalitarianism”.

descansan en Ti”. El punto de partida empírico de la búsqueda religiosa — y del concepto judío y cristiano de Dios— yace en la búsqueda del infinito por parte del espíritu humano. Ser insaciables es parte de nuestra naturaleza.

Muchas veces nos habremos dicho, “si sólo pudiera poseer eso me sentiría satisfecho”, para descubrir, acto seguido, que nunca lo estaremos. La autonomía siempre es así. Jamás podemos tener suficiente de ella. Sea lo que tengamos de ella, siempre hallaremos límites, a menudo de inmediato, y anhelaríamos no tenerlos; deseáramos ser como Dios. Incluso los reyes y los príncipes se quejan de tener una autonomía demasiado estrecha. Eso lo muestra el contenido de buena parte de la dramaturgia inglesa, la mejor del mundo, que halla un buen exponente en la pieza teatral londinense “La locura de Jorge Tercero”.

Cuarto, hay un argumento en favor del mercado que se basa en la creciente inmaterialidad de lo que la gente realmente está dispuesta a comprar. Los mercados dependen de las elecciones que hace la gente. Kenneth Adams piensa que ha discernido un cambio en las preferencias de los consumidores:

Supongamos que la demanda se oriente cada vez más hacia el entretenimiento, el deporte, la música, el teatro, la literatura y todas las restantes áreas de desarrollo humano: en las relaciones, en el deleite intelectual y estético, todas ellas demandarán cantidades mucho menores de productos primarios y recursos energéticos. Más aún, en la medida que crece el deseo en esas áreas más amplias, ricas y elevadas de la necesidad humana, es probable que se establezca o decrezca el deseo de un aumento en el área de los bienes materiales.<sup>8</sup>

O como nos señala George Gilder con un argumento análogo: el material físico de un diskette computacional para programa de software cuyo valor, digamos, es de US\$ 400, está hecho de un plástico que cuesta alrededor de 85 centavos; el resto del valor se encuentra en la información codificada. Esto equivale a decir que una proporción creciente de la producción actual yace más bien en sus componentes espirituales antes que materiales. Las industrias son cada día más limpias; a través de la miniaturización los productos físicos son más pequeños, más poderosos y (generalmente) más baratos. Las implicancias cabales del término “Edad

---

<sup>7</sup> Robert Rector, “How ‘Poor’ Are America’s Poor?”, Heritage Foundation, *Backgrounder*, N° 791 (septiembre 1990).

de la información” apenas han comenzado a ser absorbidas y articuladas por el pensamiento teológico.

El quinto argumento en favor del mercado —uno francamente singular— es que la abundancia económica producida por las sociedades de mercado ha demostrado en forma concluyente que “no sólo de pan vive el hombre”. Las tradicionales predicciones judías y cristianas relativas al descontento inherente al materialismo se han visto confirmadas. La evidencia textual de ello se encuentra en las secciones (generalmente más grandes que aquellas de la filosofía y teología tradicionales) que las librerías universitarias dedican a la astrología, la magia, el ocultismo y la religiosidad del tipo “Nueva Era”. “Cuando los humanos dejan de creer en Dios”, escribió Chesterton alguna vez, no es que crean en nada; creen cualquier cosa”. Por todas partes vemos signos de aburrimiento, desazón y descontento.

En nuestro actual paraíso material, incluso el más miserable de los mendigos goza de una mejor atención de su salud a través del servicio de salud público que aquel que pudiera haber soñado el pobre Jorge III, sangrado y sometido a las ventosas por el jefe del Real Colegio de Medicina. El chofer de autobús de nuestros días conduce un automóvil particular que hubiera envidiado Enrique V. Un oficinista o portero de nuestra época tiene su propia ración de frescos y variados alimentos provenientes de todos los climas templados y tropicales del orbe. Y el escorbuto, el raquitismo, la tuberculosis y la viruela, así como otros flagelos de los pobres, han desaparecido casi por completo. Pero aun en el paraíso material nuestros corazones no encuentran sosiego. Lo anterior no es un logro pequeño de las sociedades de mercado. El que podamos sacar partido de ello e inspirar nuevas perspectivas, es otro problema.

### **Más dos: Los argumentos de la creatividad y la comunidad**

Ninguno de los anteriores cinco argumentos (excepto quizás, el primero) es ajeno al Papa Juan Pablo II, quien, al aproximarse el centenario de *Rerum novarum*, fue interrogado una y otra vez por los obispos procedentes de Sri Lanka hasta Sao Paulo o Kiev: “¿Qué dirección nos recomienda ahora, después del colapso del socialismo?”. Era seguro que el Papa iba a publicar una encíclica conmemorando aquella de su predecesor,

---

<sup>8</sup> “Changing British Attitudes”, *RSA Journal* (noviembre 1990) aludido

de modo que después de los acontecimientos de 1989 debía entregar una respuesta. Recomendó la “economía libre, la economía de mercado”, la economía de la creatividad y de la empresa. Estaba incluso dispuesto — aunque con reticencia— a emplear la palabra “capitalismo”, siempre y cuando el sistema expresado por esa palabra incluyera un sistema jurídico digno, que protegiera los derechos humanos y constituyera un sistema religioso/moral que impusiese límites éticos.<sup>9</sup> Mas sus argumentos en favor de esa decisión son muy diferentes de los cinco precedentes.

El argumento de la creatividad que expone el Papa Juan Pablo II fluye de su concepto de la “persona que actúa”, desarrollado en el título homónimo que escribió antes de asumir el pontificado.<sup>10</sup> (En ese entonces, sin embargo, no había percibido su relevancia para la economía.) Lo que hace distintos a los humanos entre los animales, sostenía, es su capacidad de iniciar nuevos proyectos (especialmente proyectos de vida); eso es, imaginar, crear y *actuar*, a distinción de meramente comportarse. A lo largo de su papado, el Pontífice se ha centrado en la “subjetividad creadora” de la persona humana.<sup>11</sup> En ella veía la *Imago Dei*: seres humanos hechos a imagen del Creador, al punto que ser creativo es la vocación humana esencial. En esto también reconoció el legado de un derecho humano fundamental a la iniciativa económica personal en el campo económico.

Este argumento, se advertirá, ofrece una fundamentación diferente para una expresión como “los derechos naturales”, de la que ofrecen Hobbes, Locke o las figuras de la Ilustración. El argumento del Papa es, en general, un argumento filosófico, y podría tal vez ser apoyado por un pensamiento filosófico al modo de Gabriel Marcel en *The Mystery of Being, Creative Fidelity* y otros libros.<sup>12</sup> El énfasis de ciertos fenomenólogos y existencialistas en “llegar a ser”, en “crearse uno mismo”, y cosas semejantes, son otros indicios de lo que podría hacerse. En este argumento hay también mucho que aplaudir desde la perspectiva del sentido común. Es mucho más difícil pronosticar la vida de los propios hijos que aquella, por ejemplo, del gato de la casa. Este último definitivamente no tiene que pensar en escoger una carrera, y menos aún escoger entre posibilidades

---

por Harries, *op. cit.*, p. 80.

<sup>9</sup> *Centesimus annus*, #42.

<sup>10</sup> Karol Wojtyła, *The Acting Person*, trad. Andrzej Potocki (Boston: D. Riedel, 1979). Originalmente publicado en *Osobai czyn*, Dordrecht, 1969.

<sup>11</sup> *Sollicitudo rei socialis*, #15.

autoinventadas. El modo exacto cómo el Papa desarrolla el argumento depende, por supuesto, de la doctrina de la Creación y de una dilatada tradición cristiana de interpretación del Génesis. El argumento del Papa es, propiamente, más teológico que filosófico. Aún así resulta muy sorprendente.

El Papa considera que durante la mayor parte de la historia de la Cristiandad la forma más importante de riqueza fue la tierra,<sup>13</sup> así como el término “capital” derivó de contar las cabezas (*capita*) de ovejas, bueyes, vacas, cabras, caballos y otros animales que marcaban la productividad de una granja, junto con las frutas, verduras y granos. Emperadores y reyes agradecidos repartían tierras en reconocimiento por servicios meritorios, como vemos en la concesión de Blenheim al duque de Marlborough por la Reina Ana y muchas otras concesiones de parte de los gobernadores lusitanos y españoles a los conquistadores del Nuevo Mundo. La riqueza de la tierra pertenecía principalmente a la nobleza, si bien en algunas partes predios menores eran asignados a familias que, especialmente en Inglaterra, los conservaron casi ininterrumpidamente. (A este feliz accidente de la historia —debido en parte a la relativa seguridad que disfrutaba Gran Bretaña de no ser invadida por tierra— atribuyen tanto Adam Smith como Max Weber el sostenido crecimiento británico en cuanto a libertad, respeto de los derechos y prosperidad.)

En una época posterior, señala el Papa, se asoció la riqueza (como el término *Das Kapital*) con la propiedad de los medios de producción —máquinas, fábricas y otros objetos impersonales—. En efecto, en su primera encíclica social, Juan Pablo II también empleó la palabra “capital” para designar sólo objetos impersonales, usando el término “trabajo” para referirse a las personas humanas en cuanto factores de producción (sea cual fuese su papel económico).<sup>14</sup> Ya en *Sollicitudo rei socialis* Juan Pablo II había visto con suficiente claridad que incluso la propiedad comunitaria de los medios de producción —y ciertamente la propiedad estatal— no podrían garantizar la humanidad de un sistema económico, ni su capacidad de generar riqueza ni su capacidad para respetar “el derecho fundamental a la iniciativa económica personal”.<sup>15</sup> Ese derecho, concluyó entonces, anidaba en la *Imago Dei* impresa en el alma del hombre.

En *Centesimus annus* el Papa lleva su línea de reflexión todavía más

---

<sup>12</sup> Gabriel Marcel, *Creative Fidelity* (Nueva York: Farrar, Strauss and Company, 1964); *The Mystery of Being* (Chicago: Gateway Edition, 1960).

<sup>13</sup> *Centesimus annus*, #32.

<sup>14</sup> *Laborem exercens*.



lejos. El nuevo, más profundo y más decidor referente para la palabra “capital” no es ni la tierra ni los impersonales medios de producción sino que, más bien, “la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber”. La causa principal de la riqueza de las naciones es el ingenio humano —el descubrimiento, la invención, el hábito empresarial, la capacidad de prever y la habilidad en la organización—. “En este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las Naciones industrializadas”.<sup>16</sup> “En efecto, el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas”.<sup>17</sup>

Después de incontables relecturas, me parece que en estos pasajes el Papa podría estar pensando en Japón, ese pequeño país casi desprovisto de recursos naturales, que depende en casi el ciento por ciento de fuentes extranjeras de energía. Aún así, el Japón casi desprovisto de recursos es tal vez la nación más rica de la Tierra, y la más creativa en términos económicos. La causa de la riqueza nipona no puede ser la abundancia de recursos naturales y ni siquiera la cercanía a sus principales mercados; tampoco puede decirse que su densa población (140 millones de habitantes apiñados en la cuarta parte de la masa geográfica de Japón que es habitable) ha hecho de Japón una nación irremediablemente pobre, como podría haberse previsto a partir de las teorías de los malthusianos contemporáneos. Por el contrario, Japón ha alcanzado un alto grado de desarrollo y emplea en forma esmerada su capital humano. Por cerca de 130 años, desde la reforma de los Meiji en adelante, la educación japonesa ha exhibido una admirable curva ascendente. Exenta de la presión occidental por el cultivo de la autonomía, la capacidad nipona de coordinación y organización no halla parangón. El que los trabajadores japoneses aparezcan ante los ojos occidentales comportándose como un rebaño más dócil de lo que los occidentales podrían aceptar, no es óbice para que también hayan demostrado ser capaces de emular a los occidentales, especialmente en lo que se refiere al gusto norteamericano por el descubrimiento, la innovación, la flexibilidad, la respuesta rápida y el empuje competitivo. Sin siquiera conocer al Creador del que nos habla Juan Pablo II, los japoneses han mostrado una capacidad notable de acción creativa en los mercados industriales del mundo. Si la teoría de Juan Pablo II acerca de la capacidad humana *universal* para la creatividad es cierta, entonces eso es como debería ser. La creatividad, bajo cualquier nombre, genera riqueza, así como los recursos naturales no lo hacen por sí solos.

Pero la poderosa estructura comunitaria y centrípeta de la sociedad

japonesa trae a la luz el otro argumento en favor de los mercados que plantea Juan Pablo II: que allí donde está en juego la creatividad humana también está presente una forma nueva y sumamente interesante de comunidad. En su sentido más amplio, el mercado de hoy es un mercado mundial; integra todas las partes del mundo en un solo y complejo sistema de contratos, transacciones y redes de oferta y demanda. Muchas de esas transacciones son instantáneas. Los mercados mundiales, tanto de valores como de productos básicos y, por sobre todo, de la información (la forma de capital más nueva y vital), están expuestos a ser vistos simultáneamente en las pantallas de televisión y de computadores unidas entre sí alrededor del mundo en “tiempo real”.

Dostoievski alguna vez describió la caridad como un filamento invisible que interrelaciona al mundo en una red de impulsos, a lo largo del cual podría circular alrededor del globo, en cosa de minutos, una simple sonrisa humana o una expresión de amor para llevar alegría a alguien, incluso a un extranjero distante. Una persona que recibe una sonrisa, señalaba, muchas veces se siente impulsada a pasarla, sonriéndole a un tercero en el siguiente encuentro casual, y de ese modo la sonrisa circula alrededor del orbe a la velocidad de la luz. Las nuevas imágenes de la televisión y de los computadores, lanzados como impulsos desde fríos y silenciosos satélites en el espacio para tocar y vivificar cada parte de la Tierra, podrían ser sólo metáforas para los nervios y el tejido que siempre han mantenido el Cuerpo Místico del que habla San Pablo, sólo que esas ligaduras parecen ser más visibles ahora. Ya en el siglo V de nuestra era, uno de los grandes padres de la Iglesia (creo que fue Gregorio de Nicea) observó que el comercio, el intercambio de la lana de un lugar por el vino de otra, de la alfarería de una cultura por el grano de otra, es una imagen de los lazos que unen a la familia de Dios. Mejor sería que esos nexos fuesen visibles en el comercio voluntario antes que en la guerra mundial. “*Commercium et pax*” fue alguna vez (y podría seguir siendo) el lema de Amsterdam, cuyas escenas de comercio y embarque pintó Turner tantas veces.

Es obvio que la mira del Papa apunta más al Occidente cristiano (y al Tercer Mundo) que a Japón, y en realidad no sé si acaso alguna vez pensó en Japón. Pero aun en el Occidente supuestamente más individualista el Papa considera que el mercado es, por sobre todo, un instrumento social. Tiene una fuerza centrípeta. Obliga a quienes venden a encontrar compradores (en ocasiones a gran distancia y con intervalos de tiempo considerables). Exige secuencias de acción que involucren a muchas ma-

---

<sup>15</sup> *Sollicitudo rei socialis*.

nos diferentes, coordinadas entre sí por una capacidad notable de anticipación y organización. En efecto, la mayoría de las actividades económicas en el medio ambiente moderno son demasiado complejas como para ser ejecutadas por una sola persona; casi todas ellas requieren de la creación de un nuevo tipo de comunidad, no orgánica sino artificial [*artifactual*], no “natural” (como es natural la familia), sino contractual, no coercitiva (como fue el “socialismo real”), sino libre y voluntaria, no total como un monasterio, sino que orientada a tareas y abierta incluso a colaboradores de diversos sistemas de creencias y compromisos esenciales. En breve, el invento decisivo de las sociedades capitalistas es la empresa comercial, independiente del Estado.

En relación a la firma comercial, el Papa es sorprendentemente elocuente. En el pensamiento católico ha habido una tendencia (el documento del Concilio Vaticano II sobre “La Iglesia en el mundo”, nos dice Osvaldo Nell-Breuning, S. J., es un ejemplo)<sup>18</sup> a percibir tan sólo cuatro papeles económicos: el papel del propietario, del gestor, del empleador y del empleado, pasando totalmente por alto la fuente creativa de la empresa, el profesional [*practitioner*] de la virtud empresarial, el empresario. El Papa Pablo II no encaja en ese modelo. Esto es lo que escribe en *Centesimus annus*:

[E]l hombre trabaja con los otros hombres, tomando parte en un “trabajo social” que abarca círculos progresivamente más amplios. Quien produce una cosa lo hace generalmente —aparte del uso personal que de ella pueda hacer— para que otros puedan disfrutar de la misma, después de haber pagado el justo precio, establecido de común acuerdo después de una libre negociación. Precisamente la capacidad de conocer oportunamente las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más apropiados para satisfacerlas es otra fuente importante de riqueza en una sociedad moderna. Por lo demás, muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos. Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo eso es también una fuente de riqueza en la sociedad actual.

Un par de líneas más adelante el Papa vuelve sobre el tema:

---

<sup>17</sup> *Ibidem*.

Es [el] trabajo disciplinado [del hombre], en solidaria colaboración, el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano. En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna.<sup>19</sup>

Al contemplar el proceso económico moderno —este modo históricamente único de hacer uso del trabajo individual creativo en el marco de una comunidad de cooperación voluntaria— el Papa escribe esta frase asombrosa: “Dicho proceso, *que pone concretamente de manifiesto una verdad sobre la persona, afirmada sin cesar por el cristianismo*, debe ser mirado con atención y positivamente” [énfasis agregado]. La empresa económica —*¡la empresa económica*, entre todas las cosas!— “pone (...) de manifiesto una verdad [cristiana]”, y obsérvese: el Papa urge a los teólogos y a otros cristianos a considerar la empresa económica “con atención y positivamente”. El Papa ejerce aquí el clásico hábito cristiano de ver en todas las cosas señales de la obra de la Providencia, la oculta presencia del Verbo: “Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho” (Juan, 1: 1-3). Algunas veces referido como el “sentido sacramental” católico o “vía de la analogía”, este modo de percepción yace en la tradición de bendecir las embarcaciones pesqueras, los campos a ser segados y las cosechas. Si los hombres están hechos a la imagen de Dios, entonces sus acciones (especialmente sus acciones creativas) también lo están. Como escribió Georges Bernanos al final de *The Diary of a Country Priest*, “La gracia se halla por doquier”.<sup>20</sup> Incluso William Butler Yeats recogió el sentimiento: “Todo lo que contemplo está bendito”.

Es notable, desde luego, que algo tan vituperado por la literatura como la empresa comercial o la corporación moderna sean puestas ante nosotros por un Papa católico como una lección a ser observada “con atención y positivamente”, porque “pone (...) de manifiesto” una verdad cristiana. (Personalmente conozco autores que, de haber yo escrito esa línea, la habrían calificado de excesiva.) Pero esa alabanza calza bien en

<sup>18</sup> Oswald Nell-Breuning, *Commentary on the Documents of Vatican II*, vol. 5 (Nueva York: Herder and Herder, 1969), p. 299.

una vieja tradición, a la luz de la cual la gracia era vista operando incluso en el caso de reyes más bien tiránicos y amorales, en el ladrón que murió en la cruz junto a Cristo, y en cada prójimo que el hombre encuentra. Ver la gracia obrando no es sólo ver belleza y luz, sino cosas reales tal cual son en este mundo caótico, carnal e imperfecto. Porque el Creador miró al mundo y lo declaró “bueno”, enviando para su redención a Su único Hijo. Al católico se le enseña a ver la gracia en pontífices imperfectos y demasiado humanos, en los pobres de Calcuta y (lo más duro muchas veces) en sí mismo.

En suma, el Papa ha formulado dos nuevos argumentos en apoyo de su propuesta de que los sistemas de mercado ponen de manifiesto una verdad cristiana y promueven el bienestar humano. El primero es que los mercados dan expresión a la subjetividad creadora de la persona humana, que ha sido creada a imagen del Creador de todas las cosas, y llamada a completar la obra de la Creación a través de un permanente esfuerzo histórico.

Su segundo argumento es que los mercados generan nuevos e importantes tipos de comunidad, al tiempo que expresan la naturaleza social del ser humano en formas enriquecedoras y complejas. Los mercados no son en su esencia instrumentos de alienación, explotación, anarquía y egoísmo centrífugo. Son instrumentos buenos que sirven a la comunidad humana. Como toda cosa humana, sin embargo, pueden ser usados inadecuadamente, malamente y para fines perversos. No menos que el hombre mismo, son capaces tanto del bien como del mal. Pero conceder que los mercados son en sí algo bueno es conceder bastante. Recomendarlos meramente como mejores que cualquiera alternativa es elogio suficiente.

### **Más uno para completar**

Agregar mi propia voz a aquella del Papa puede parecer impertinente; pero es deber de los teólogos atacar puestos de avanzada y explorar tierras ignotas. De modo que deseo sugerir otra razón para proponer los mercados como estrategia de una teología cristiana de liberación de los pobres; proposición para la cual la evidencia de los patrones de inmigración alrededor del mundo ofrece una base de sustentación *prima facie*: que los sistemas de mercado permiten mejor a los pobres salir de la pobreza que cualquier otro sistema social. Las oportunidades económicas son tan

escasas en este planeta como el petróleo. Y los inmigrantes fluyen hacia ellas en torrentes.

Gran Bretaña, Canadá, Italia... la mayoría de los sistemas de mercado del orbe reciben flujos constantes de inmigrantes. Sólo Estados Unidos recibió entre 1970 y 1990 unos 16 millones de inmigrantes *legales*. (Nadie sabe, por lo demás, cuántos entraron ilegalmente a través de nuestras porosas fronteras.) Es como si hubiéramos aceptado en ese período el ingreso de una población cuatro veces mayor que la de Suiza. La mayoría de esos nuevos ciudadanos llegaron pobres a los Estados Unidos. Norteamérica es generosa en ayudar a los inmigrantes a hallar oportunidades, siempre y cuando éstos estén dispuestos a aprovecharlas, como la mayoría lo hace. (Uno debiera recordar esto al considerar que de los 250 millones de habitantes de los EE. UU., 31 millones fueron contabilizados en 1989 como pobres por carecer de un ingreso anual de US\$ 13, 400 para una familia de cuatro miembros.) La mayoría de esos nuevos ciudadanos pertenecen, además, a otras razas. De hecho, en el mayor de nuestros estados, California, el inglés es ahora la *segunda lengua* de muchos hogares. Es por ello que los estadounidenses ponen a la “oportunidad” en un alto sitio a la hora de evaluar los sistemas económicos. El obispo Harries no comprende claramente este punto; él descarta el “sueño americano”, que en los hechos es más universal de lo que él concede, de modo perentorio:

No es un [sueño] innoble, pero es ciertamente limitado. Debido a su naturaleza, algunos fallan en alcanzarlo y quedan a la zaga; y cuando las cantidades suman varios millones es preciso comenzar a preguntarse.<sup>21</sup>

Siempre deben hacerse preguntas, pero al hacerlo no hay que perder

---

<sup>19</sup> *Centesimus annus*, #32.

<sup>20</sup> Véanse las líneas finales de la novela de Georges Bernanos, *The Diary of a Country Priest*, trad. (ing.) Pamela Morris (Nueva York: Macmillan, 1962).

<sup>21</sup> Harries, *op. cit.*, p. 101. Harries en ocasiones escribe como si la mayoría de los pobres de los Estados Unidos fuesen negros o hispánicos (en realidad, tres cuartas partes son blancos) y como si una mayoría de negros y de hispánicos fuese pobre (en realidad tres cuartas partes de ella no son pobres). La mayor causa individual de pobreza no estriba en la raza sino en pertenecer a un hogar encabezado por una madre soltera.

<sup>22</sup> Al determinar quién es pobre, el Census Bureau de los Estados Unidos no considera los beneficios derivados de los servicios de asistencia públicos como

la perspectiva. Si bien virtualmente el ciento por ciento de los norteamericanos llegó pobre a América, hoy el 87 por ciento no es pobre y debemos esforzarnos en sacar adelante ahora a ese 13 por ciento restante. De ellos, sólo alrededor de 8 de los supuestos 30 millones de pobres de los Estados Unidos son personas fuertes y sanas que tienen entre 18 y 64 años de edad; el resto tiene 65 años o más, o 17 y menos, o está enfermo o es discapacitado. Para los 8 millones que están sanos aún no concluye la labor de la “sociedad de la oportunidad”.<sup>22</sup>

Norteamérica también lo hace bien en lo que respecta a ayudar a la mayoría de los pobres nacidos en Estados Unidos: los ancianos, aquellos de menos de 18 años, los enfermos y los discapacitados— aquellos, en suma, para los que la oportunidad económica no constituye una opción liberadora—. Allí donde la atención familiar privada no está a su alcance, donde los muchos programas de la sociedad civil no los incluyen, han surgido la asistencia médica estatal, los cupones para alimentos, ayuda en materia de vivienda y otros programas destinados a cerrar la brecha. Eso está bien y es adecuado. En particular para los senescentes, la “guerra contra la pobreza” lanzada a mediados de los sesenta tuvo gran éxito. Millones de personas viven hoy mucho más y con niveles de vida muy superiores a los de cualquier tiempo pasado. Los “ancianos” (los mayores de 85 años) han reemplazado a aquellos de más de 65 años como sector de principal preocupación.

Pero la “guerra contra la pobreza” ha hecho realmente mucho daño a los adultos jóvenes que gozan de buena salud.<sup>23</sup> Nuestros programas públicos han fallado a los jóvenes. El grupo que más rápidamente ha crecido entre los pobres es aquel de las jóvenes mujeres jefas de hogar con hijos. Ello no había sucedido anteriormente, cuando la gente era mucho más pobre que ahora y cuando casi no existían los actuales programas públicos. Nunca antes tantos varones habían abandonado a sus parejas a través de la separación, el divorcio o los nacimientos fuera del matrimonio, con poco o ningún sentido de la paternidad. Los resultados han sido deplorables para los hijos, las jóvenes madres y los propios varones.

De allí que el gran problema moral y social que encara Estados Unidos en la actualidad es hallar nuevos modos para socorrer a ese grupo de 8 a 10 millones de adultos pobres sanos, en su mayoría jóvenes, de un modo que no los reduzca a una suerte de servidumbre, deprimiendo aún

---

atención médica, vivienda, cupones de alimentación o, en general, asistencia no monetaria, a la que tienen acceso todos los pobres.

<sup>23</sup> Charles Murray, *Losing Ground* (Nueva York: Basic Books, 1984).

más su moral. He escrito con gran detalle (en colaboración con otros) acerca de las maneras de cambiar las prácticas más recientes.<sup>24</sup>

Aquí deseo más bien destacar la crucial importancia de los dinámicos sistemas de mercado para sacar de la pobreza a los necesitados de Europa central y oriental, de América Latina y de todo el Tercer Mundo (que en realidad comprende varios mundos muy diferentes). Lo que tienen en común esos pobres —unos 2,5 mil millones de personas— no es sólo la falta de oportunidad sino que una sostenida y sistemática represión de su derecho a la iniciativa económica individual. La mayoría de ellos no halla en sus países instituciones que pudieran nutrir y apoyar ese derecho: propiedad privada protegida constitucionalmente, mercados abiertos, incorporación a la economía formal de un modo barato y fácil, acceso a créditos legales y de bajo costo, asistencia técnica, capacitación y otros similares. Para tener acceso a tales instituciones, muchos millones deben buscar la libertad de oportunidad muy lejos de su tierra natal.

A lo largo de todo el Tercer Mundo es importante que los pobres pronto puedan incorporar pequeñas empresas a la economía formal, de un modo barato, fácil y rápido. Los sistemas de la América Latina son patrimoniales; si bien estas naciones tienen mercados, propiedad privada y utilidades (de un tipo pre-capitalista), el aparato del Estado y, por tanto, el acceso a la economía, siguen siendo controlados por pequeñas elites. La mayoría de las naciones latinoamericanas no son sociedades de oportunidad. Oportunidad es la gran ventaja comparativa —mucho más importante que los “recursos naturales”— que tiene EE. UU. por sobre sus vecinos latinoamericanos. Para hallar oportunidades, muchos latinoamericanos deben migrar hacia el Norte.

El hecho de que los sistemas de mercado abran oportunidades para los pobres es uno de los argumentos más importantes en su favor. Hablo, desde luego, del tipo de economía de mercado que no protege al rico sino que brinda muchas oportunidades a los pobres sanos de mente y cuerpo. Dichos mercados, generalmente revolucionados por nuevos inventos y nue-

---

<sup>24</sup> Michael Novak *et al.*, *New Consensus on Family and Welfare* (Washington D. C.: American Institute for Public Policy Research, 1987, y Milwaukee: Marquette University, 1987).

<sup>25</sup> Ninguna institución humana puede reducir la brecha a cero, dado que la suerte y las circunstancias son poderosos vientos de fortunas. Pero sólo estrechar la brecha es ya fortalecer la dignidad humana.

<sup>26</sup> Ronald H. Preston, *Religion and the Ambiguities of Capitalism* (Londres: SCM Press, 1991); R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism* (Harmondsworth, Middlesex, Gran Bretaña: Penguin Books, 1964); V. A. Demant,



vas tecnológicas, provocan la caída de los antiguos ricos (a medida que las tecnologías anticuadas y las firmas convencionales quedan obsoletas). De modo similar, encumbran a muchos de los ex pobres (a medida que nuevos inventos y nuevas formas de conocimiento generan nuevas oportunidades). Pero su mayor fortaleza yace en la apertura y el dinamismo del sector pequeño de la economía, a través del cual tantos millones dejan atrás la pobreza.

Los mercados abiertos liberan a los pobres mejor que cualquier alternativa conocida. Los mercados abiertos favorecen tanto la creatividad como el dinamismo. También estrechan la distancia percibida entre la acción personal y el destino personal. Y estrechar esa brecha es fortalecer la dignidad humana.<sup>25</sup> La experiencia de esa dignidad lleva a los pueblos libres a caminar con paso confiado y mirada ecuánime.

Los pueblos de todo el mundo debieran tener la oportunidad de caminar así, cosa que no sucede en la actualidad. Es por ello que se requiere de un cambio sistémico en el Tercer Mundo. Los sistemas de mercado permiten que la creatividad humana actúe. Sin embargo, tal como sucede con todas las cosas humanas, los sistemas de mercado no están exentos de ambigüedades.

### Las ambigüedades de los mercados

Uno de mis autores favoritos en materia de ética social es Ronald H. Preston, de Escocia, un seguidor del gran teólogo norteamericano de la última generación, Reinhold Niebuhr. El más reciente de los libros de Preston, *Religion and the Ambiguities of Capitalism* encaja muy bien en la siguiente secuencia de títulos: *Religion and the Rise of Capitalism*, de R. H. Tawney; *Religion and the Decline of Capitalism*, de V. A. Demant y, su propio libro, *Religion and the Persistence of Capitalism*.<sup>26</sup> (La secuencia de estas obras, cuyos autores se consideran a sí mismos amigos del socialismo más que del capitalismo, es en sí bastante iluminadora: desde el preocupante “surgimiento” [*rise*], hasta la tranquilizadora “decadencia” [*decline*], pasando por la enigmática “persistencia” [*persistence*] hasta la

---

*Religion and the Decline of Capitalism* (Excelsior, Minnesota: Melvin McCosh Bookseller, 1952) y Ronald H. Preston, *Religion and the Persistence of Capitalism* (Filadelfia: Trinity Press International, 1979).

<sup>27</sup> Robert L. Heilbroner, “The Triumph of Capitalism”, *The New Yorker*, 23 de enero de 1989.

escrupulosamente escogida “ambigüedad” [*ambiguities*] del capitalismo “casi triunfante”). Al tiempo que denuncia sus problemas residuales, Preston le concede al capitalismo buena parte del argumento histórico, incluyendo su énfasis en la importancia de la innovación, los incentivos, la propiedad privada, la flexibilidad (más que la planificación centralizada) frente al futuro, y los muchos beneficios que derivan del mercado. Reformula el argumento tradicional en forma menos directa que el autor marxista norteamericano Robert Heilbroner (“A menos de 75 años de su inicio formal, la pugna entre el capitalismo y el socialismo ha terminado: ¡ganó el capitalismo!”).<sup>27</sup> Preston escribe de un modo más condescendiente:

Me propongo argumentar que el asunto no es entre el mercado libre y la economía planificada centralmente, sino cuán lejos podemos llegar a conseguir lo mejor que nos proponen ambos modelos: la economía social de mercado y el socialismo democrático.<sup>28</sup>

Ahora bien, esa propuesta es notable en dos sentidos: primero, la discusión que hace Preston del modelo de economía social de mercado y del modelo democrático socialista ensalza las virtudes de los mercados en grado sorprendente. Segundo, el propio compromiso ideológico de Preston le impide siquiera considerar lo que muchos estiman es una alternativa más humana, dinámica, progresiva y cristiana a la economía social de mercado y al socialismo democrático, a saber, el modelo del capitalismo democrático; simplemente la deja fuera de toda consideración. Preston es hábil en descubrir ideología en otros, escribiendo a menudo de “ideólogos” o “ideológicos” cuando mira a su derecha, mientras se califica a sí mismo de realista. (Cuando comete el desliz de predicar que “se requiere de una actitud positiva frente a la tributación. ¡Es una cosa buena pagar impuestos!”, uno duda de su realismo.)<sup>29</sup>

Más admirable resulta que Preston califique su propio “cristianismo social” haciendo suyas algunas de las ideas ofrecidas por autores a su derecha, como las de los Premio Nobel Friedrich Hayek y James M.

---

<sup>28</sup> Ronald H. Preston, *Religion and the Ambiguities of Capitalism*, op. cit., p. 15.

<sup>29</sup> *Ibidem*. p. 75.

<sup>30</sup> *Ibidem*.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> Véanse, por ejemplo, mis obras *The Spirit of Democratic Capitalism* (Londres: IEA, 1991, primera edición 1982); *Catholic Social Thought and Liberal Institutions* (Nueva Brunswick, Nueva Jersey: Transaction Publishers, 1989; pri-

Buchanan. Más aún (si bien no parece reconocerlo), muchos de sus argumentos en relación a la “ambigüedad” de los mercados son también congruentes con la filosofía del capitalismo democrático. Entre ellos se cuentan argumentos como éstos: “no podemos prescindir de los mercados y tampoco podemos depender sólo de los mercados”;<sup>30</sup> los mercados “deben ser rigurosamente vigilados a fin de impedir la formación de carteles, cuotas, monopolios y otras restricciones”<sup>31</sup> (véase Adam Smith); los mercados generan desigualdades en los ingresos que no coinciden plenamente con las desigualdades de mérito o esfuerzo, otorgando así recompensas, al menos en parte, sobre una base pre-moral; los mercados no son buenos para todos los fines, por ejemplo, para algunos bienes públicos; y en ocasiones hay externalidades a las cuales escapan algunos agentes pagando los costos del caso. Todos estos puntos (y otros más) están incluidos en lo que se quiere decir con “capitalismo democrático”.<sup>32</sup> Por ejemplo, hay algunas cosas que nunca debieran ser ni compradas ni vendidas; en algunos ámbitos, los mercados son ilegítimos; ni la democracia ni el mercado son dispositivos adecuados para todos los propósitos, etc. En tales cosas, Preston y yo estamos de acuerdo.

Pero hay un punto en que Preston está claramente equivocado, al menos por omisión: se trata de su análisis de las desigualdades de ingreso. Primero alaba a los mercados por lo que hacen bien:

Para recapitular, siendo otras cosas iguales, los mercados son altamente eficientes en cuanto a lograr que las decisiones económicas sean tomadas de acuerdo con la libertad de elección expresada por los consumidores: esto es, mediante el ejercicio en forma dispersa del poder político y económico. Los mercados incentivan la frugalidad y la innovación, y de este modo tienden a maximizar la productividad de recursos económicos relativamente escasos.

Pero entonces Preston agrega un sentimiento que necesita ser vigorosamente rebatido:

Por otra parte, abandonadas a ellas mismas, las economías de mercado producen desigualdades acumulativas de ingreso que distorsionan el mercado al hacer que los recursos relativamente escasos se dirijan hacia donde quieren los ricos y se alejen de las necesidades de los pobres.<sup>33</sup>

El supuesto parece ser aquí que los sistemas no capitalistas hacen

esto mejor. Pero eso es claramente falso en el caso de los regímenes precapitalistas del Tercer Mundo, ya sea en la América Latina, el África o el Asia de nuestros días, donde las desigualdades de ingreso son enormes y apenas hay oportunidades para los pobres. Tampoco es cierto en lo relativo a las sociedades comunistas, de las cuales ahora se sabe que sus pobres vivían en un modo insospechadamente escuálido, en tanto que las elites vivían en círculos cerrados de grandes privilegiados.

Más aún, Preston omite otro destacado contraste. Ni las sociedades precapitalistas (tradicionales) ni las sociedades socialistas han hecho mucho por sacar a vastas mayorías de su población de la pobreza, como sí lo han hecho, en cambio, las naciones democráticas capitalistas. El grado de movilidad ascendente de las sociedades capitalistas no tiene precedentes en la historia y el conjunto de oportunidades que ofrecen a los pobres para progresar por vía del talento y el esfuerzo no ha tenido igual. Más aún, no parece ser verdad que las economías de mercado produzcan desigualdades de ingreso “cumulativas”, o que éstas alejen “recursos relativamente escasos” de “las necesidades de los pobres”.

Para comenzar con esta última afirmación, la condición de los pobres es hoy mucho mejor de lo que era, digamos, en 1892 (o 1932), de modo que la misma palabra “necesidades” implica ahora estándares mucho más altos que en siglos pasados —muy por encima de la mera supervivencia o la subsistencia—. La frase “recursos relativamente escasos” también es similarmente problemática.

Finalmente, la acusación que hace Preston en relación a las “desigualdades cumulativas” de los ingresos parece doblemente dudosa. Por una parte, durante el ciclo vital de los individuos los ingresos tienden a subir y luego tienden a caer; por otra parte, hay una mezcolanza tremenda de individuos que se desplazan hacia arriba y abajo entre una década y otra, dentro de las categorías de ingreso. Es más, las fortunas se disipan a menudo en el curso de una década, tras la muerte del que la había forjado. La tecnología en que se basa una fortuna puede quedar rápidamente obsoleta; los herederos pocas veces poseen el talento o la motivación de quien creó

---

primera edición 1986); *Free Persons and the Common Good* (Lanham, Md.: Madison Books, 1990); *This Hemisphere of Liberty* (Lanham, Md.: Madison Books, 1991).

<sup>33</sup> Ronald H. Preston, *op. cit.*, p. 74.

<sup>34</sup> Rocco Buttiglione, “Christian Economics 101”, *Crisis*, julio-agosto 1992, p. 34.

<sup>35</sup> El grupo de estudios citado arriba, N° 24, discernió seis criterios o metas

la fortuna familiar. La movilidad descendente es frecuente. Las elites circulan con rapidez. Preston parece tomar el crecimiento unilateral y acumulativo de la riqueza como algo dado; lo que parece prevalecer, sin embargo, es la desconcertante fragilidad y cambiabilidad de las fortunas.

Posiblemente esa diferencia de percepción se deba a la singular fluidez de la estructura social norteamericana, en contraste con la europea. Las sociedades europeas aparecen todavía en alto grado entremezcladas de instituciones aristocráticas y feudales; Estados Unidos está mucho más comprometido con la oportunidad universal y, en ese sentido, es una sociedad más puramente capitalista. Es frecuente que en la Europa de nuestros días firmas prominentes sean dirigidas por los descendientes de antiguas familias aristocráticas.<sup>34</sup> Existe realmente la percepción de que la riqueza y el poder son estables y cumulativos. En Norteamérica, por contraste, las grandes familias del siglo XVIII han desaparecido casi por completo o han perdido su prominencia; con pocas excepciones, como la de los Rockefeller, puede afirmarse lo mismo para aquellas del siglo XIX. Muchas de las grandes fortunas actuales han sido adquiridas por individuos que aún viven; un número significativo de ellas, especialmente entre los *nouveaux riches* del cine y el espectáculo, han sido dilapidadas por los mismos que las hicieron. Puede haber grandes desigualdades en los ingresos, pero ellas son notablemente efímeras. A eso se suma que —siempre en lo moral y muchas veces en lo económico— no sea la posición lo que cuenta, sino la calidad del desempeño.

Además, fue Dios el que prohibió cinco veces la codicia en los Diez Mandamientos; ¡no hay que ceder a la envidia! La igualdad de ingresos es un ideal apropiado sólo para quienes no son libres y para aquello que es uniforme. Mucho más importante que la desigualdad es la oportunidad universal.<sup>35</sup> Como ideal, la oportunidad universal es tanto más adecuada a creaturas hechas a imagen de Dios y colocadas por la Divina Providencia en circunstancias disímiles. Es en esta cuestión fundamental donde Preston debiera encarar más honestamente las ambigüedades del socialismo. En

---

que debe alcanzar la sociedad (buena) en relación a los pobres. El grupo supuso un crecimiento económico sostenido: “Hace no mucho, pobreza significaba vivir justo por encima de la subsistencia. Ahora significa un nivel básico de decencia y se espera que ese nivel mejore lentamente con el tiempo”. Los seis criterios son:

— Década a década debiera disminuir la proporción de pobres.

— Década a década debiera elevarse el grado de satisfacción de las necesidades con las que se espera alcanzar un estándar de vida decente. Esto incluye

esa confrontación tal vez comience a detectar sus errores morales y antropológicos.

La democracia, el capitalismo y el pluralismo (los tres sistemas sociales cuya combinación constituye el capitalismo democrático) son, cada uno de ellos, ambiguos. Todas las cosas humanas lo son. La pregunta social relevante no es. “¿Es esto utopía?” sino más bien, “¿en relación a qué?”. Al comparar los sistemas para establecer cuál tiene mayores probabilidades de generar una oportunidad universal, prosperidad de abajo hacia arriba, “aburguesamiento” del proletariado y el ascenso de los pobres, la respuesta histórica es clara: los sistemas de mercado ofrecen a los pobres mucho mayores oportunidades para mejorar sus ingresos, su condición y status. Esta es una de las razones por las cuales tantos pobres migran hacia los sistemas democráticos y capitalistas.

En una palabra, los sistemas de mercado combinados con sistemas políticos democráticos (protectores de los derechos de las minorías y de los individuos) ofrecen más esperanzas a los pobres del mundo que los sistemas tradicionales y socialistas. A pesar de las inevitables ambigüedades del capitalismo democrático, éste es uno de los argumentos más fuertes para exigir su reconocimiento moral.

---

aspectos mundanos como artefactos para el hogar y espacios vitales, pero también otros muy importantes como tasas mayores de longevidad, menores tasas de mortalidad infantil y mejores niveles de salud.

— Toda persona pobre y sana debiera tener la oportunidad de salir de la pobreza. Si la pobreza de algunos es persistente o si persiste en el tiempo en grupos particulares, algo debe estar muy mal.

— Aquellos de entre los pobres incapaces de dejar la pobreza por razones de incapacidad, enfermedad y edad avanzada, debieran recibir ayuda de otros, incluyendo del Estado como último recurso.

— Aquellos de entre los pobres que por sus propios esfuerzos pueden salir de la pobreza debieran ser capaces de encontrar un empleo necesario para hacerlo.

— Dada una sociedad abierta y el esfuerzo personal, entre los nacidos pobres debería emerger con frecuencia el talento (y ser recompensado); y su inventiva, creatividad y libertad personal deberían florecer. De ese modo, la libre circulación de los individuos, en dirección ascendente y descendente en la escala de la movilidad social, debiera responder primariamente al talento, el esfuerzo y la

